

- ¿Quiubo?, muchachos.
- Cómo está, señor alcalde- cuadrándose.
- Quiero hablar con Germán, ¿se puede?
- Cómo no, alcalde. Pase usted.

La cárcel olía mal; la mujer que limpiaba hacía días que no iba y ahora con el peligro del río, menos hacía acto de presencia. Germán se sorprendió al ver al alcalde; éste lo midió con la mirada y estuvo un poco titubeante. Se le veía flaco, mal cuidado, avejentado pero un reflejo de inocencia en sus pupilas casi lo desarma.

El muchacho le dijo: - ¿A poco ya voy a salir? El alcalde no le contestó; pensó sobre su acción. El otro se sentó, decepcionado y cabizbajo.

Después de un momento de titubear, él fue soltando su idea como tratando de aparentar que la cosa tenía que hacerse de esa manera, porque no había alternativa. El muchacho primero no le puso atención pero después sí y se puso de pie. Levantó la mirada hacia la ventanilla abarrotada y le comentó:- Así que ahora sí sirvo para algo - con tono sarcástico. El alcalde no abrió la boca. El otro a los pocos minutos preguntó: - ¿Y, las llaves de la camioneta? El alcalde sin decir más, las sacó de su bolsillo y se las entregó; cuando arrancó el vehículo el alcalde tapó su rostro con las manos.

Sábado de maldad

Tuvo que repetir el mensaje, pues la señora por el ruido de la secadora no podía escucharla con claridad :-Que no viene la señorita Enriqueta porque le sacaron una muela. La señora respondió: - Pobrecita, se casa en ocho días y hoy venía a la prueba. La muchacha que dio el mensaje se quedó perpleja. Porqué pobretear a una mujer que se casaba enamorada y por su gusto, en cambio yo, se decía, hube de casarme porque era conveniente, necesario, con quien me quiere pero que yo no querré nunca. Se trataba de Senia, una joven bella que ni siquiera divisaba la felicidad de tener un hijo, ya que su esposo no quería tenerlos. No le faltaba nada en lo material, su esposo le daba más de lo necesario, sin embargo, ella lo convenció de que la dejara trabajar en esa estética porque se aburría sola en la casa; además ella de cortar el cabello a sus hermanos pequeños, había adquirido la habilidad y lo hacía bien.

Ese día era sábado y por ello había más clientes. El clima no daba abasto. Senia estaba malhumorada y una de las clientes más asiduas, Margarita, la solicitó para que la atendiera. Apenas le lavó el cabello y Margarita le dijo: -¿Qué te pasa, Senia, estás de malas? Ella se mordió el labio inferior, sabía que a la señora le gustaba que se portaran amablemente con las clientes. No halló qué contestar. Margarita insistió:-¿Algún problema con tu esposo o con la señora? No, no, cómo cree; en realidad es conmigo-dijo Senia, procurando esbozar una sonrisa y moviendo con mayor agilidad sus manos, ocupada una con las tijeras y otra con el peine.

do en
sitarias
blifonia,
anuario
a en su
libros de
ste libro
y activa:
s. Entre
ólver a
su más
mas y

siones y
obra se
rlas con
ento y
puede
to pero
en el
el cual,
estamos

Margarita la observó por el espejo. Senia era joven y bonita pero algo guardaba en su interior que reflejaba cierta molestia. Pensó que a lo mejor no estaba a gusto por el bajo sueldo o poca propina que recibía; aunque casi todas las clientes sabían que no trabajaba por necesidades económicas. Ya no insistió porque comprendió que no quería dialogar. Cuando terminó, Senia fue al baño y mirándose al espejo leyó lo que pasaba por su mente: Si supieran que mi esposo me aburre y que daría cualquier cosa por una aventura. Se asustó por ese pensamiento y se lavó la cara con coraje. Tocaron en la puerta al mismo tiempo que oyó que le decían: -Senia, tienes llamada.

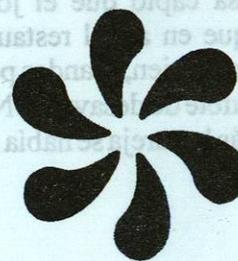
Senia salió de la estética casi volando; su esposo había sido secuestrado y pedían rescate; ella estaba casi trastornada; era él quien manejaba lo contable, ella sólo tenía una cuenta de débito con la cual satisfacía algunos caprichos femeninos. Lo primero que se le ocurrió fue dar parte a la policía pero la habían amenazado con matarlo si lo hacía. Se fue directamente a su casa; ni siquiera se había quitado la bata de trabajo; se extrañó tanto y al preguntarse por qué, se dio cuenta que su esposo sí le importaba.

Fueron horas de angustia las que hubo de esperar a que la llamaran por teléfono. Casi al oscurecer de ese día sonó el aparato, en seguida lo levantó, estaba allí sentada desde que llegó. A su ¡Bueno! respondió una voz aguardientada: -siga las instrucciones y no se quiera pasar de lista. Ella hizo todo lo que le ordenaron y para el lunes a mediodía había juntado la cantidad pedida. Acudió por la tarde a la hora y lugar indicados, dejó el portafolio en una cabina telefónica y, llorosa, esperó en la cafetería de la esquina; le habían anunciado que si todo salía como estaba planeado en media hora le devolverían a su marido.

Después de más de una hora en que la depresión la hizo su presa, en que tan presto veía regresar a Tomás golpeado, aturdido, venir hacia ella con lágrimas en su rostro, como la llamaba desde la puerta emocionado y con una sonrisa diciendo: Todo ha terminado; consultó su reloj y se lastimó con ideas de muerte. Entonces pensó dar aviso a la policía, pero no lo hizo; de él o de ellos no sabía nada, sólo la llamada hecha por un hombre, no había testigos, en la estética se reportó enferma, para acudir al banco. El sábado de maldad, así lo llamaba ella, dijo que una amiga la necesitaba con urgencia, para poder retirarse del trabajo.

Aún esperó una hora más; cada vez la incertidumbre dejaba paso a la certeza de que su esposo no volvería nunca. Sin darse cuenta invocó a los santos, ángeles y demás hasta llegar al Todopoderoso. Se obligaba a no quejarse del aburrimiento, que jamás iba a desear una aventura, pero que esta pesadilla terminara.

¿Quiere más café?, oyó que le decían, y con la mano señaló que no. No sabía cuántas tazas llevaba ya ingeridas. En eso alguien le tocó el hombro; un escalofrío recorrió su cuerpo entero; volteó enajenada y ahí estaba él: un poco demacrado, desvelado, desaseado. Lo revisó de pies a cabeza, estaba completo, se paró y lo abrazó entre sollozos. Él le dijo: -Ya, ya mujer, todo terminó.



do en
sitarias
olifonia,
anuario
a en su
bros de
ste libro
activa:
s. Entre
olver a
su más
nas y
iones y
obra se
las con
nto y
puede
o pero
en el
el cual,
stamos

El ángel sufriente

Cuando lo vio por vez primera, el impacto fue tal que dejó de escuchar a sus amigas y se puso a mirar con detenimiento aquel rostro cuya perfección sólo podía tener raíz divina. Lo comparó con los antiguos atenienses que despertaban admiración y respeto por doquiera que pasaban. Luego pensó en la arrogancia de los romanos y temeridad de los soldados, pero al hacerlo hubo de dejar esas visiones pues los ojos de aquel joven tropezaron con los suyos.

El encuentro fue suave y prodigioso, las miradas cruzadas se dijeron cosas que nadie oyó, salvo sus corazones. Ella captó la belleza de los mares, la quietud de los jardines y el gran amor que por la vida sentía aquel desconocido. Mientras tanto Luisa repetía por tercera vez: - Andrea, Martha acaba de contar un chiste y ni siquiera sonreíste. Andrea bajó la vista y volviendo a su realidad, contestó: -Discúlpenme, estaba distraída. Las amigas bromearon y Alicia comentó algo chusco, pero luego agregó: Más bien estabas absorta.

Andrea las dejó hablar pero volvió a sumergirse en el hondo mar de la observación, enfocando ahora la compañera del bello joven. También próxima a su edad, ella era menos blanca que él y sus ojos delataban un llanto reciente. A medida que pasaba el tiempo, notó que ellos no hablaban, él había encendido un cigarrillo y le echaba el humo a la joven. Nada es perfecto, pensó Andrea. Con sorpresa captó que el joven pedía la cuenta; su extrañeza venía de que en aquel restaurante, los comensales se servían de todo un poco o bien, grandes porciones de lo que más les gustaba, ya que era bufete de desayuno. Nadie iría allí por un café o sólo a platicar. Además la pareja se había mantenido en silencio.

La discreción de Andrea se esfumó en el acto; con cierto descaro siguió viendo a la pareja. Ahora observaba al joven como preguntándole el porqué de su comportamiento. Él no la miraba, ni a ella ni a su compañía. La joven mantenía la vista abajo y eso permitía que Andrea mirara al joven a sus anchas; por ello pudo descubrir el secreto que guardaba el joven: lo angelical de su rostro escondía el maleficio de su mirada. Un escalofrío recorrió su cuerpo; intuyó que la joven acompañante sufría el desdén de ese joven y la primera impresión del ángel sufrido que le vino en cuanto vio su belleza, fue corregida. Él sólo era un ángel sufriente, porque hacía sufrir a los demás. El joven abandonó la colilla en el cenicero y se puso de pie. La joven continuó sentada. El mesero trajo el cambio y les dio las gracias. Él salió con aire de superioridad y ella, más tarde se puso de pie lentamente, y de esa manera salió pero siempre con la vista baja.

Martha preguntó a las demás si ya pedían la cuenta. Cristina objetó que Andrea casi no había comido. Andrea volvió a la realidad y diciendo que se había levantado sin hambre, apoyó que pidieran la cuenta. Al salir, con cierta suspicacia, Luisa le dijo: - Así que te gustó el Adonis. Andrea le respondió: -Y ¿a quién, no?; guardando para sus adentros sus atinadas conjeturas.

La discreción de Andrea se estomó en el acto; con cierto desahogo se volvió a la parte anterior observando al joven como preguntándose al porqué de su comportamiento. En un momento se inclinó a su costado para observar la joven y ella se volvió hacia ella con una sonrisa que Andrea miró a sus anchas; por ello pudo descubrir el gesto que guardaba el joven; los ángulos de su boca se curvaban hacia arriba y él se inclinó hacia ella.

Esta obra se terminó de imprimir en junio de 2004

Proceso de Captura

Yari Aceneth Rendón Salazar
María Teresa Pacheco Ayala

San Nicolás de los Garza N. L.
Escuela Preparatoria No. 7

joven. También próxima a su edad, ella era menos blanca que sus ojos delataban un llanto reciente. A medida que pasaba el tiempo, notó que ellos no hablaban, él había encendido un cigarrillo y le echaba el humo a la joven. Nada es perfecto, pensó Andrea. Con sorpresa captó que el joven pedía la cuenta; extrañeza venía de que en aquel restaurante, los comensales servían de todo un poco o bien, grandes porciones de lo que más gustaba, ya que era bufete de desayuno. Nadie iría allí por un café solo a platicar. Además la pareja se había mantenido en silencio.



La autora ha colaborado en diversas revistas universitarias como son: Reforma, Polifonía, Apertura, así como en el anuario Humanitas. También cuenta en su quehacer creativo con dos libros de índole didáctica: *Compre este libro y llévese seis* y *La enseñanza activa: el reto de hoy para docentes*. Entre otras obras ha escrito, *Volver a Pellicer*, *A mi madre*, y su más reciente obra: *Poemas y Narraciones V*.

La vida está hecha de decisiones y elecciones, pero en esta obra se ofrecen recursos para tomarlas con entereza, desprendimiento y perdón. Leer esta obra puede dejarnos un sabor distinto pero cabalmente involucrados en el mundo caótico de hoy, en el cual, con voluntad o sin ella estamos inmersos.



